

“De lo que ha visto y oído da testimonio y nadie acepta su testimonio.” (Juan 3, 31-36)

Jesús era plenamente consciente de su filiación divina (*“El Padre ama al Hijo y todo lo ha puesto en su mano.”*) y del rechazo que despertaban sus palabras y su testimonio en no pocos contemporáneos.

A pesar de todo, no cesa de anunciar con contundencia que él *“viene de lo alto”* que *“está por encima de todos”*; que él sólo *“habla las palabras de Dios”* y que quien crea en Él *“verá la vida”*.

Esta contundencia con la que Jesús manifiesta su autoconciencia como el Mesías está orientada a afianzar la frágil adhesión de sus seguidores y a denunciar la terquedad de quienes le rechazaban visceralmente. Seguramente era consciente que obrando de este modo molestaba e irritaba aún más a sus enemigos, pero no puede dejar de anunciar y testimoniar su identidad. Confiesa que Dios le ha dado su Espíritu *“sin medida”* y que nada ni nadie pueden acallarle.

Asombra la fuerza y la capacidad de confrontación de Jesús de Nazaret. Sabe que sus palabras y sus gestos terminarán llevándolo al patíbulo pero no puede ni desea acallar la voz del Espíritu que actúa en Él.

Me pregunto si sus seguidores de hoy nos vemos en la misma tesitura: callar y disimular para no ser señalados con el dedo o proclamar con transparencia la verdad que nos hace vivir, cualesquiera sean las consecuencias.

Hay regiones de nuestro mundo donde hacer pública la identidad cristiana puede costarte la vida. Es el extremo del martirio cruento que sufrió Jesús y que siguen viviendo, aún hoy, sus seguidores.

Pero, ¿qué ocurre con nosotros, habitantes de una región del mundo que se considera tolerante y plural? ¿No nos estamos acercando, casi sin darnos cuenta, al extremo de confundir el respeto y el pluralismo con la falta de identidad o con la difusión de identidades débiles, sometidas al vaivén de las corrientes ideológicas imperantes?

Llegados a este punto ya no sabemos qué defender y qué no defender... Todo parece que *“da lo mismo”*. Se trata de esta cultura descafeinada y generalizada que convive con pequeños grupos que sostienen identidades muchas veces fundamentalistas. Es la ley del péndulo, que parece continuar funcionando de maravillas y así corremos el riesgo de pasar del nacional catolicismo a la pusilanimidad del que ha perdido sus raíces.

El Evangelio nos invita a dar testimonio explícito de quiénes somos y en qué creemos. Es evidente que esta llamada tiene su eco en la forma que asumimos la vivencia del carisma Hospitalario. El Marco de Identidad nos habla de la necesidad de fortalecer la identidad en fidelidad creativa.

Danilo Luis Farneda Calgaro

pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL

